John Berger

LA LIBERTAD DE CORKER

Una novela

INTERZONA

John Berger

LA LIBERTAD DE CORKER

Una novela

Traducción de Marcos Mayer

INTERZONA

INTERZONA

Berger, John
La libertad de Corker : una novela / John Berger. - 1a ed . -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2016.
288 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Marcos Mayer.
ISBN 978-987-3874-38-3

1. Literatura Inglesa. 2. Novela. I. Mayer, Marcos, trad. II. Título.
CDD 823

CORKER'S FREEDOM: © John Berger, 1964

© interZona editora, 2016
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Título original: *Corker's Freedom*
Título en español: *La libertad de Corker. Una novela*
Traducción: Marcos Mayer
Coordinación editorial: Victoria Villalba
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Silvia Garrido
Composición de tapa: Victoria Villalba
Foto de tapa: Shutterstock
Corrección: Solange Victory

ISBN 978-987-3874-38-3

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para Anant y sus mañanas y para Paul Lawton en Navidad.

CAPÍTULO 1
CORKER DE CLAPHAM

(William Tracey Corker, solterón, 63 años, ha abandonado esta mañana del 4 de abril de 1960 a su inválida hermana Irene, en cuya casa ha vivido durante los últimos doce años. No tiene intenciones de regresar. Alec Gooch, su único empleado, cumplirá 18 años dentro de dos meses. Anoche se ha acostado por primera vez con una chica. La muchacha, de la que está enamorado, trabaja en una florería y se llama Jackie.)

Pese a que Alec mide un poco más de un metro ochenta, cuando se sienta a la mesa, la ventana que se halla sobre él es tan alta que parece casi una claraboya. Alec comparte dos empleos. El primero lo mantiene por el salario, para satisfacer a su empleador y con la esperanza de agenciarse buenas referencias que le permitan conseguir un trabajo mejor. El segundo lo hace por su propia satisfacción. En el primero se ocupa de limpiar la oficina, abrir el correo, completar formularios, escribir, poner el remitente en los sobres y recortar avisos de trabajo. El segundo empleo es secreto. Para llevarlo a cabo adecuadamente debe observar todo lo que ocurre en la oficina –mientras sigue ocupándose de las obligaciones del primero– y, tras haber observado cada cosa que sucede, darle un nombre. Una buena parte de lo que sucede es repetitivo, del mismo modo que un simple juego desarrollado muchas veces termina por volverse reiterativo. Las repeticiones no deben ser consideradas por separado. En la medida en que cumplan con las reglas de las prácticas habituales quedan catalogadas bajo el nombre general de

Día de Oficina. Pero Alec debe controlar que se cumplen efectivamente y, tras haberlo hecho, debe ponerles un tilde en su mente del mismo modo en que un maestro destaca una respuesta correcta. En consecuencia, se pasa el tiempo marcando puntillosamente las réplicas de su empleador, las frases que usa al hablar por teléfono, las preguntas que hacen los clientes, las palabras usadas en las cartas, las maneras de responderlas, los cálculos de precios y de gastos. Poner tildes le produce una especie de satisfacción, el placer de contemplar un plan que funciona a la perfección. Sin embargo, cada día ocurre algo nuevo, algo para lo que no encuentra antecedentes. Entonces tiene que decidir si el nuevo suceso puede incluirse o no en el *Día de Oficina*. Debe preguntarse hasta qué punto, si es que ocurriera con frecuencia, habría de amenazar los principios de las prácticas corrientes o si se trata simplemente del resultado de una insignificante contingencia casual. Si cree que probablemente pueda considerarse aparte, lo marca como *Extraño*, y luego espera para compararlo con acontecimientos similares que sin embargo se acomodan a las reglas. Si considera improbable que pueda ajustarse, lo marca como *Desconocido* y luego agrega un breve nombre descriptivo como *Desconocido: Mujer más joven que alejaba a Mickey del asunto.* Es necesario el nombre descriptivo, pues puede ocurrir finalmente que el suceso se considere como parte de una tercera categoría de acontecimientos. Ocurren raramente en el horario de oficina pero, cuando suceden allí, son de considerable importancia. Son acontecimientos que carecen por completo de una conexión clara e inmediata con el *Día de Oficina* y para los cuales las reglas habituales de procedimiento son completamente irrelevantes. Si el jefe de Alec cayera muerto entraría en esa clase de acontecimientos. O algo menos dramático, si un cliente se largara a llorar o si viera debajo de la pollera de una muchacha que no lleva ropa interior, ambos acontecimientos integrarían la tercera categoría. Sucesos de este tipo, para los que no hay un grupo de reglas explicativas y que existen en forma independiente, deben

nombrarse de acuerdo a lo que son. Así: *El-Muerto-Nunca-Volverá-A-Hablar, Llorar-Sin-Poder-Parar o Pelos-En-El-Lugar-Del-Deseo.* Fuera de la oficina, los acontecimientos de la tercera categoría pueden llegar a ocurrir tan rápida y furiosamente que nos sobrepasan y nos permiten pensar en ellos. Pero dentro de la oficina, donde Alec pasa más horas que en cualquier otro lugar, siempre dispone de tiempo suficiente para pensar y para ordenar metódicamente su mente. Hasta ahora, en la calma de la rutina de la oficina, ha tratado de considerar un acontecimiento de la tercera categoría y construir en torno a él un sistema, un conjunto de reglas, una práctica. Si lo lograra, estaría en condiciones de desafiar al *Día de Oficina*. Le gustaría desafiarlo, pues ese gesto sería una reivindicación de su propia experiencia, le permitiría sentir una conexión más estrecha entre la vida cotidiana y su propia vida. Es realmente el *Día de Oficina* de Corker y lo es porque, en opinión de Alec, Corker queda al margen de cualquier acontecimiento de la tercera categoría. Todo lo que le interesa a Corker ya ha quedado escrito en el *Día de Oficina*. Es para Corker parte del *Día de Oficina* pedirle a Alec que vaya y le cambie los libros en la biblioteca pública: libros sobre gitanos y biografías de grandes hombres. Es habitual que lea tres o cuatro al mismo tiempo. Es parte del *Día de Oficina* que Corker le cuente a Alec sus viajes por el mundo, desde Finlandia a Grecia e Italia. Cuando Corker da una conferencia en el salón de la iglesia acerca de alguno de estos viajes, y Alec va a escucharlo, es también una especie de extensión del *Día de Oficina*, como si trabajara fuera de hora. Si almuerzan juntos en la cocina, Corker habla de *pelmanism* [1] y le pregunta a Alec por su familia, eso es parte del *Día de Oficina*. Incluso forma parte del *Día de Oficina* cuando Corker va al médico por sus dolores de cabeza o por una molestia en el pie. Tal cual la ve Alec, la vida de Corker es el *Día de Oficina*. Alec jamás

1 Se trata de un sistema de entrenamiento mental muy difundido en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX.

logró desafiar el *Día de Oficina*, pues jamás sintió la menor esperanza de que algún acontecimiento de la tercera categoría justificara un sistema suficientemente amplio construido en torno a él. El *Día de Oficina*, pese a serle indiferente, seguía augurando unas cuantas ventajas: certezas, status, seguridad. Esta mañana está intentando, con mayores esperanzas de éxito que en otras oportunidades, un nuevo sistema basado en un acontecimiento reciente: *Poseer a Jackie*. Está doblado sobre su escritorio. Del respaldo de su silla cuelga una campera de cuero. Está anotando las cartas en el Registro de Correspondencia. Cada sobre ha sido abierto con un abrecartas con filo plateado que pertenecía al padre de su empleador. Luego escribe en el Registro de Correspondencia el nombre del remitente de la carta y el lugar de donde provino, anotando con detalle la documentación enviada y, de tratarse de dinero, lo asienta en una columna contable ubicada al costado de los demás datos. Quedan aún seis cartas por asentar, todas las otras veintitrés han sido abiertas. Toma conciencia de una vaga sensación en el fondo de su estómago y más específicamente en el pene. La sensación llega a causarle dolor. Es como aquello que se siente cuando uno se ha lastimado o hay una cicatriz que se cura y uno la presiona para recordar el dolor que ya no está y disfrutar de que esté sanada. Por centésima vez desde que se ha despertado, Alec comprueba que su casi dolor es realmente el mayor reaseguro que jamás haya tenido. Y habiéndolo chequeado, lo anota como correspondiente a *Poseer a Jackie* con un suave tilde dorado. El señor Corker, enfundado en un traje gris a cuadros, se lleva el teléfono a la oreja. Mientras escucha la voz femenina al final del teléfono, da vuelta la silla giratoria en la que está sentado y que tiene un almohadón colocado especialmente en la espalda que se sabe que le duele. Quita de un estante con enormes libros uno que está señalado como Personal Doméstico Masculino. En realidad, el señor Corker está a la búsqueda de un matrimonio, cuya esposa será empleada como cocinera en jefe y el marido como chofer y jardinero, con alojamiento

gratuito y almuerzo garantizado para ambos, además de un ingreso de 12 libras semanales. Está buscando en el Personal Doméstico Masculino porque, con el cambio de costumbres, la escasez de matrimonios dispuestos a entrar juntos al servicio doméstico no justifica que haya un libro dedicado especialmente a ellos. Su dedo índice recorre una lista de nombres, ocasionalmente el movimiento se hace más lento y casi se detiene en alguno. Entonces, como un perro cuya curiosidad queda satisfecha por un simple olfateo al pasar, pasa apurado a la página siguiente. Allí se topa con el señor y la señora Box. El señor Corker los recuerda especialmente, a pesar de que hace cinco semanas que la señora Box registró a ambos bajo su nombre. Al lado del nombre hay un número de teléfono que es lo que estaba buscando dado que su memoria, que era buena pero no extraordinaria, no era capaz de retener CA/9342/60 de la misma manera que había recordado el llamativo y breve BOX. Al otro lado de la línea la voz femenina hace silencio. El señor Corker es tan hábil para hablar como para manejar sus libros. Ahora hace dos selecciones simultáneas. Se desliza en su silla giratoria hacia el estante que se halla del otro lado, o sea a su derecha y, sin un instante de duda entre los veinte libros reunidos allí, saca aquel donde hallará CA/9342/60, además de más informaciones sobre los Box, exactamente en el mismo momento en que le dice a su interlocutora del otro lado del teléfono: Ni soñaríamos, señora, en mandarle alguien en quien no tuviéramos *razones* para confiar. Razón para confiar, marcado como parte del *Día de Oficina*. Alex detiene puntualmente su registro de la carta décimo octava, un pedido de una firma de fabricantes de carpas de Mitcham y se da vuelta para acariciar la solapa de su campera de cuero que cuelga del respaldo de la silla. Lo hace para comprobar que las evidencias de sus sentidos son confiables. Puede confiar en su cuerpo y así, triunfante, marca su cuerpo con un tilde vigoroso, como correspondiente a *Poseer a Jackie*. Las edades y los salarios pretendidos por el señor y la señora Box son comprobados en referencia al libro del cual fueron

certeramente extraídos. Él tiene 57 años y su esposa, algo un tanto inusual, 61. Piden 14 libras por semana. En ese punto, el señor Corker apela a su experiencia de diecisiete años en ese trabajo, supone sin vacilaciones que una diferencia de 2 libras es negociable. Se puede convencer a los Box de que acepten menos tomando en cuenta el hecho de que el alojamiento tiene un jardín en el que el señor Box puede cultivar sus propios vegetales o considerando algún atractivo no mencionado pero que siempre puede descubrirse. Persuadirá a la voz femenina para que acepte sin problemas cambiar la tarifa considerando la escasez actual de parejas casadas. Lee la historia de los Box, son claramente una pareja del país y permanecieron en un último y feliz empleo por doce años hasta el fallecimiento de su respetado y ahora extrañado empleador. Mientras habla, toma una tarjeta de color verde pálido de una pila del mismo color. Son Tarjetas de Entrevista impresas de acuerdo al diseño del propio señor Corker y que solo requieren llenarse con los datos de lugar y fecha. Alec ha registrado la carta veintitrés y le quedan por ingresar los pedidos postales, estampillas y el dinero que las acompaña. Habiendo comprobado que 3 libras con 14 chelines y 3 peniques es realmente la suma correcta, abre una pequeña caja fuerte negra con una línea roja en la tapa. La llave de la caja se regresa siempre al cajón derecho de su escritorio. Deposita en la caja 2 chelines y 3 peniques en estampillas sin uso recibidas como adjuntos. Recuerda el ombligo de Jackie. El grado de su placer, que no puede expresar, lo hace gruñir como un niño. Ninguna palabra tendría un significado mayor que ese gruñido que viene de los tiempos en que no sabía hablar. El señor Corker confirma los detalles de la reunión que tendrá lugar en su agencia en dos días. Su voz baja en la Frase Final mientras toca el marco de carey de sus anteojos con el pulgar derecho: Hay una cosa, señora, que quisiéramos pedirle, si decide usted aceptar a las personas que le enviamos, que nos lo avise de inmediato. Manera de Decir Adiós, marcada como *Día de Oficina*. El Catálogo de Personal Masculino es regresado al

estante de donde se retira Empleadores Domésticos para anotar allí que los Box serán enviados en un par de días a la dueña de la voz. El tercer libro, la fuente de información acerca de quienes buscan trabajo y que son señalados con la sigla CA, es alcanzado al muchacho para que pueda tipear el domicilio de los Box y anotarlo en el sobre en el que les será enviada la Tarjeta de Entrevista verde claro.

El señor Corker endereza el papel secante de su escritorio y gira para poder hablar con Alec. La oficina es pequeña. No hay más que un metro entre los dos. En términos generales, Alec aprecia a Corker. Es su empleador, pero suele hablar cuando menos se lo espera y lo trata como a un amigo. Alec duda de que Corker tenga muchos amigos. La boca de Corker queda congelada en una sonrisa. ¿Qué dirías si te contara que estoy por irme a vivir en el local? Alec marca instantáneamente la pregunta como perteneciente a *Poseer a Jackie*. Ha abandonado la casa de ella antes de que amaneciera para que no lo vieran los vecinos, cuando el cielo aún estaba oscuro. Mientras caminaba decidió que luego de lo acontecido ya no podría seguir esperando a que su madre y su padre volvieran a visitar a su tía. Dado que tenía un juego de llaves de la oficina podrían venir aquí los fines de semana y hacer el amor en el sofá del vestíbulo. Mientras armaba su plan había formulado una nueva regla: *Poseer a Jackie* significa aprovechar Nuevas Oportunidades. ¿Aquí?, dice, sin poder borrar la desilusión en su voz. También está el piso de arriba, dice el señor Corker.

Lo sé, pero no puedo creer que necesite la aprobación de Alec. Aunque esta aprobación deba ser dada sin que él se dé cuenta del todo de que se le pide su conformidad. Si lo sabe todo, mi actual autoridad sobre él resultará menoscabada. Hay momentos en los que, por la fracción de un segundo, me tienta ser honesto y dejar de lado todo disimulo. Ocurre cuando mi corazón, es decir el órgano corporal en sí, se siente pesado e hinchado en el pecho. El alivio

de verse reconocido podría ser realmente agradable. Pero después de todo, tan pronto quede en evidencia que ya no quedan disfraces para quitarse, podría quedar reducido a la vergüenza y esa vergüenza sería tan amplia que debería fingir que estoy muerto con la esperanza de que Alec, o quien fuera que me hubiera descubierto, me abandonara para llamar al servicio fúnebre. Entre el momento de su partida y la llegada del sepulturero estaré nuevamente de pie como lo estoy ahora, con mi viejo disfraz. Sin embargo, lo que preciso hoy no es tanto reconocimiento, simplemente necesito práctica en manejar de manera normal lo que he hecho esta mañana. Durante la caminata hasta la estación me comporté como todas las mañanas. Mis habituales compañeros de viaje se dirigieron a mí de la misma manera que siempre. Pero cuanto más me nombraban como "Viejo Corky", resultaba más difícil distinguir esa mañana de cualquier otra, más alarmante e inalcanzable se tornaba aquello que ocultaba. El secreto me hacía sentir cada vez más extraño. Tan pronto puede expresarse algo, adquiere nombres alternativos y se transforma en materia opinable. Solo los secretos parecen absolutos. Y eso es algo que sé, pero que no puedo aceptar.

¡Bromea usted!, dice Alec. No, dice el señor Corker, hablo en serio, ¿parezco alguien que está bromeando? Nunca se sabe con usted, dice Alec, ya se ha burlado antes de mí. Mejor que hagas pasar al nuevo cliente, responde el señor Corker. Mientras Alec se levanta de su silla para abrir la puerta con la ventana esmerilada a la altura de la vista, formula, lamentando los cien fines de semana en que podría haberla traído allí, una nueva regla: antes de *Poseer a Jackie* has perdido tu tiempo. Abre la puerta y está a punto de vociferar "que pase el próximo" cuando se da cuenta de lo bella que es la nueva clienta. Acompáñeme por aquí, por favor, dice.

Dado que recibe un tratamiento preferencial en cada lugar al que va y habiendo hecho lo mismo por tres años, la muchacha, que es pequeña y cuyo cabello apretado es del color de la arena del

Pacífico, ya lo acepta como su destino. Así como acepta que el punto de partida de sus ambiciosos sueños sea entregarse a sí misma y al don filigranado de su juventud en matrimonio al patrón cuyas propuestas rechazará al principio. Colgando apenas del borde de su silla, con sus zapatos italianos que apuntan al hombre mayor al que considera un patrón, aunque claramente pertenece a la más humilde de las categorías, trata de sacar provecho de su recientemente adquirido diploma de taquígrafa. El señor Corker, el patrón de la más humilde de las categorías, hace sus preguntas. Es la primera oportunidad en que ella se postula a un empleo. Mientras sigue bajo la influencia de sus breves respuestas y sonrisas, él se hace del libro de Personal Femenino de Oficina. Será en ese volumen donde se la hallará enseguida, bajo su número. Le explica la naturaleza de lo que debe comprender. Le damos un número, señorita Marlow. Levanta la lapicera, cuidadosamente elegida para no manchar el escritorio y, un poco por encima del plumín, para evitar que la tinta negra le manche los dedos, escribe el nombre en una tarjeta de color brillante, impresa siguiendo su propio diseño, y se lo alcanza a la muchacha, quien la toma con su mano envuelta en guantes color magenta, la contempla un segundo con la cabeza inclinada hacia un lado como si esperara que el número le devolviera la sonrisa y luego la deposita en su cartera blanca con un broche dorado. Y le pedimos, señorita Marlow, que mencione este número cuando nos escriba, nos llame por teléfono o cada vez que se ponga en contacto con nosotros. Si conocemos su número, será todo más fácil para nosotros. Alec se da cuenta de que bajo el maquillaje esconde dos manchas en el mentón. Le parece extraño pensar que todas las chicas actúan como Jackie. El señor Corker está escribiendo en el libro dedicado a todos aquellos que antes del número llevan el prefijo ST. Fue bautizada Brenda y la ceremonia se celebró dieciocho años atrás. Cuenta que tiene tres niveles "O". Sus velocidades son sesenta y cien. Ganó un premio de presentación en el Boothby's Secretarial and Commercial College. ¿Y por qué obtuvo

el premio de presentación, señorita Marlow? Por disposición general, dice. ¿Disposición?, pregunta el señor Corker. Alec reprime una breve carcajada. Dije habilidad, dice la señorita mirando a Alec. Trabajó para Dodds, Coal Merchants por seis meses. Desea conseguir algo que sea intrínsecamente más interesante y que le ofrezca Perspectivas Más Brillantes. El señor Corker le pregunta, si es que puede responderle, cuál es su sueldo en Dodds. Ocho libras, responde con firmeza y de un modo como para hacer que uno se imagine que habla del precio de un abrigo que compró antes que del dinero obtenido por su trabajo. Él le pregunta si estaría dispuesta a una mejor situación que le ofreciera Perspectivas Más Brillantes ganando menos dinero. Hablando confiado y de memoria sin echar una mirada al libro, le informa de un trabajo por 7 libras y 10 chelines, en una firma inmobiliaria. Los números le vienen tan fácilmente a la memoria porque el agente inmobiliario es un conocido que viaja con él en el mismo tren todas las mañanas y el señor Corker había querido tenerlo como cliente, en los términos que fijara el hombre. Girando el cuerpo por encima de su cintura unos cuarenta y cinco grados de manera que sus pechos dejaran de apuntar a Alec para enfrentarse ahora al señor Corker, le pregunta: ¿Por qué habría de hacerlo?

> Estoy seguro, pero no puedo recordarlo, de que siendo adolescente era como esta chica. No como ella en sus maneras, sus ideas o sus travesuras. Pero sí como ella en la certeza de mi propia novedad.

El señor Corker la desafía a que imagine cuánto ganaba él a la edad de ella. Baja los ojos, la pregunta le parece carente de importancia y descarta por completo la idea de que él fuera como ella. Estoy segura de que no lo sé. Él declara la cantidad de chelines, acompañándola de una sonrisa sarcástica. Los dos se miran a través del escritorio. Le cuesta por semana esa cantidad mantener su

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?
Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA